

sin embargo, a interrumpirlo con alegría, por caridad y obediencia. Lo comenzaré y terminaré con la oración.

Como explicación de su colosal tarea, sirvanos este testimonio: «Guardémonos de considerar vanidad el aspirar a grandes cosas; esto sería pusilanimidad. *¡Todo lo puedo en Aquel que me conforta!* Todavía más. ¿No es cierto que Dios escoge, para las obras grandes, a las cosas despreciables de este mundo?, como hubo de decir Pablo: Precisamente porque yo no soy nada Dios puede hacer conmigo grandes cosas..., y las hará si, mientras tanto, me preparo con el dolor».

La humildad y sencillez en medio del triunfo —

Ferrini no hubo de aguardar a la muerte para que se proclamaran sus grandes méritos científicos. Las Universidades se disputaron su magisterio; Universidades y Academias celebraron sus investigaciones, reconociéndole un prestigio unánimemente respetado.

Y, sin embargo, Ferrini resultaba la sencillez personificada. Una sencillez extraordinariamente cortés y afable. Cuando sus alumnos le felicitaban por un nuevo éxito, quitaba jocosamente importancia al asunto y el elogio se quebraba en flor.

En el centenario del doctorado en Leyes del gran historiador Antonio Ludovico Muratori, organizado por Ferrini en la Universidad de Módena, fué tan brillante su intervención, que a los fervorosos aplausos de los doctos, los estudiantes respondieron tratando de sacarle triunfalmente en hombros. Hubieron de desistir, porque Ferrini casi se desmayó. El profesorado quiso entonces celebrar el éxito con un banquete, pero la modestia cordial de Ferrini sólo toleró un amistoso brindis.

En otra ocasión la madre de Ferrini encontró en el fondo de una maleta las insignias de caballero de la Corona de Italia, y entonces supieron los familiares que aquella distinción le había sido otorgada tiempo atrás.

En el mismo porte exterior mostraba su sencillez. Vestía con modestia grande, aunque con dignidad. Sólo cuando había de asistir a algún acto solemne vestía con mayor elegancia, y solía decir, sonriente, a sus sobrinitos: —*¡Aquí tenéis al tío Contardo que se ha vuelto rico!* Por el contrario, cuando hacía la visita semanal de las Conferencias de San Vicente, a las que pertenecía desde su estancia en Berlín, llevaba un traje sumamente modesto para no herir la pobreza de los hogares que había de visitar.

